

—Sí, y muy recientes.

—¡Dios mio!....

Y la jóven elevó su vista al cielo con una expresion sublime de gratitud interna.

En su semblante, bañado por la tristeza de los acontecimientos recientes, se deslizaba un resplandor divino que daba mayor realce á los encantos de sus delicadas facciones expresivas y correctas.

Enrique se valió de las expresiones mas propias en casos semejantes para acabar de verter la calma en el corazon de aquel ángel en forma de mujer.

El objeto que le conducia á aquel sitio habia desaparecido con la muerte de Rossi, y halló un loable pretexto para justificar su presencia en aquel sitio y en aquel momento, cosas ambas que podian dar margen á maliciosas conjeturas en las vecinas que allí se encontraban.

Este pretexto era poner en conocimiento de Pilar, entonces que era libre, la llegada de su querido padre, insinuada de la manera que hemos visto, y que hasta aquel dia no juzgó prudente anunciar.

—Pilar—dijo Enrique despues de haber preparado el ánimo de la jóven á una buena noticia—la carta que acabo de recibir de D. Andrés, me autoriza á decirle á vd. que va á abrazarle muy en breve.

Aquellas palabras volvieron la vida al corazon de Pilar.

—¡Abrazar á mi padre!.... —dijo, sin atreverse á dar crédito á lo que escuchaba—¡Ah!.... no me engañe vd., D. Enrique!.... ¡no me engañe vd., por Dios!.... ¡Mi padre!.... ¿dónde, dónde está?....

Y el rostro de Pilar brillaba con el fuego del amor filial.

—Le verá vd. mañana.

—¿Y por qué no ahora?.... ¿Por qué, si no es un pretexto para consolarme, retardar ese instante de felicidad?....

Y la jóven inclinó la cabeza sobre el pecho, dominada por la tristeza que veló el brillo de sus ojos.

—Porque aun no llega; porque mañana entra en esta capital.

Dijo Enrique, valiéndose de aquel medio
EL CAPITAN ROSSI.—TOM. III, 35

para calmar la impaciencia de Pilar, y poder preparar el corazón del anciano á la noticia de ver á su hija.

—¡Mañana! . . . —contestó la joven al ver retardar su felicidad un dia mas; y luego, volviendo á dar entrada á la natural desconfianza, continuó:—¡Ah!.... comprendo que solo trata vd. de neutralizar la pena que me agobia en este instante!

—No, Pilar; no es un recurso de que me valgo para presentarle un consuelo que dentro de pocas horas desapareceria haciéndolo mas sensible su desventura, sino que es la verdad misma.

—¿Será posible, Dios mio, que me tengas reservada tanta felicidad?

Y la afligida joven dirigió los ojos humedecidos de lágrimas al cielo, expresando en su mirada la profunda gratitud de un alma que ve en el Eterno la fuente de todas las venturas que descienden sobre la atribulada humanidad.

—¿Me cree vd. ahora?

—¡Ah! . . . sí, D. Enrique: le creo á vd. como creo en mí misma: vd. es el instru-

mento de que la Providencia se vale para anunciarme sus divinos favores y hacer menos terribles mis padecimientos.

—Confie vd., pues, en esa Providencia que hace pasar á la virtud por el crisol de las persecuciones y de las desdichas; sufra vd. resignada el funesto golpe que hoy ha descargado sobre vd., y abra vd. por fin su corazón á la esperanza y á la felicidad.

—Ver, abrazar á mi padre, es cuanto anhelo en el mundo despues de lo que ha pasado!

—Pues repito que ese deseo lo verá vd. satisfecho mañana.

—Si no lo destruye un nuevo contratiempo.

Contestó Pilar con acento melancólico.

—¿Qué idea tan funesta! ¿por qué presagiar inesperadas desgracias?

—¿Qué quiere vd., D. Enrique....? ¿hace tanto tiempo que sufro! . . .

—Sin embargo, desconfiar del bien que se anuncia tan providencialmente, es ofender á Dios. Yo he venido únicamente á darle á vd. esta noticia que no podia haber llega-

do en circunstancias mas aflictivas; y ahora que he cumplido con un deber tan grato para mi corazon, me retiro para volver mañana por vd. y conducirle á los brazos de su padre.

—¡Ah, generoso amigo!

Dijo la jóven con la efusion mas profunda de gratitud.

—Adios, Pilar: dejo á vd. rodeada de personas benévolas que desean consolarla, y le pido licencia para retirarme.

—¡Adios, D. Enrique! vd. ha traído la única medicina que existia en la tierra para calmar la profunda herida que hace un instante abrieron en mi acongojado pecho!

Enrique estrechó en su mano la de la agradecida jóven, y salió á la calle pensando en la manera de comunicar á D. Andrés el encuentro de su hija, pero sin que tuviera que avergonzarse del desigual enlace cuyos lazos acababa de romper la muerte.

Pilar, al verle salir, se puso de rodillas ante una imágen de la Virgen, y rogó por el alma de Pedro, á la vez que daba gracias

á Dios por la inesperada dicha que le preparaba de abrazar á su querido padre.

Durante todo este tiempo, el acusador de Enrique habia informado al alcalde de cuanto sabia; y el recto ministro de justicia, deseando cumplir con sus deberes, llegaba cerca de la accesoria cuando Enrique salia de ella.

La puerta de la habitacion de Pilar se habia cerrado detras de él, y por lo mismo nadie podia saber lo que pasaba en la plazuela.

—¿Es vd. D. Enrique de....

Le preguntó el alcalde con la mayor urbanidad.

—Sí señor; ¿qué tiene vd. que ordenarme?

—Que se dé vd. á prision inmediatamente.

—¡A prision....!—dijo Enrique sorprendido.—Pero ¿de qué delito se me acusa?

—De la muerte de los dos hombres encontrados en la plazuela.

—¿Acusarme de asesino?—exclamó sin poder reprimir su cólera Enrique.—¿Y quién es mi acusador?

—Yo—dijo D. Encarnacion con la mayor sangre fria, como quien está convencido de lo que dice.—El compadre de Pedro.

Enrique quedó sorprendido con aquella contestacion inesperada.

—Ya vd. conoce á su acusador:—dijo el alcalde interpretando desfavorablemente aquella sorpresa:—ahora espero me seguirá vd. sin obligarme á hacer uso de la fuerza.

—¡Jamás....—exclamó Enrique pasado aqnel instante de aturdimiento:—esa es una calumnia que me ofende y que rechazo.

—¿No habia vd. entablado una acusacion contra Rossi?

Preguntó el alcalde afirmando los antojos sobre la nariz.

—Sí señor.

—¿No le aborrecia vd?

—De muerte, como aborrezco á todo malvado.

—¿No visitaba vd. con frecuencia á Pilar?

—Sí señor.

—¿No ha dado vd. todos los pasos indispensables para que á su esposo pusieran en libertad?

—Es cierto.

—¿Y ese esposo que acaba de salir de la prision no acaba de ser muerto?

—No cabe duda. ¿Pero qué tienen que ver las muertes de esos dos hombres conmigo?

—Tienen que ver la terrible acusacion que arrojan sobre vd. Tenia vd. un juicio contra uno de ellos y aparece muerto, ¿quién tenia mas interes que vd. en privarle de la vida?... Visitaba vd. á Pilar: ¿cómo deshacerse de su marido mientras permaneciese preso para dejarla libre á ella? Sacándole de la prision y condenándole á muerte; nada mas natural.

—¡Señor alcalde!....—dijo Enrique apretando los puños y rechinando los dientes—vd. me insulta con suponerme esos crímenes.

—Yo no hago suposiciones ningunas, ni acuso á vd.; no hago mas que cumplir con mi deber. No quiero dudar de la inocencia de vd., pero las apariencias le son á vd. contrarias. Además, la presencia de vd. en este sitio, y á la misma hora.... En fin,

yo no soy su juez, nada me toca á mí, sino suplicarle me siga, para que dé vd. sus descargos ante quien corresponda.

—Yo soy el primero que exijo tal cosa, para destruir esa infame sospecha que perjudica mi limpio honor. Sin embargo, soy militar, y exijo se me lleve á la prevencion.

—En eso será vd. obsequiado.

—Vamos, pues.

—Vamos.

El alcalde apuntó el nombre del acusador y la casa en que vivia: en seguida dijo á éste, que podia retirarse con sus amigos, y él se alejó con Enrique, llevando el camino de la prevencion.

Las vecinas que habian estado consolando á Pilar se retiraron á sus casas, excepto una que se quedó acompañándola, merced á una buena gratificacion que le habia dado la jóven.

Pilar, al verse sola, elevó al Señor una tierna oracion desde lo mas íntimo de su alma.

Aquel era un acto sencillo y sublime, como lo son todos los que inspira la religion.

Poco despues, mas consolada con el bálsamo que vierte en el alma la oracion, se reclinó en su lecho, buscando el descanso á los tormentos de aquel dia.

La mujer que se habia quedado acompañándola, dormitaba en una silla.

La plazuela de San Sebastian volvió á quedar solitaria.

El negro zopilote que habia permanecido en la lúgubre torre, descendió á beber la sangre que habian dejado los cadáveres.